

## Daniel Infante: un español poco hispanista

Santiago Javier Sánchez<sup>1</sup>

**Resumen :** *En este artículo abordaremos algunos aspectos del pensamiento de Daniel Infante (1863-1930), abogado y periodista español establecido en la Argentina, expresados en su libro de viaje “¡Por España! Reflexiones de un reexpatriado”. De ideología republicana, anticlerical y positivista, su fugaz regreso a la patria, en 1901, marcó el definitivo rechazo de los valores y modo de vida españoles, así como su identificación plena con el espíritu progresista encarnados (en su visión) por el continente americano y por la República Argentina, su patria de adopción.*

**Palabras clave:** Infante – inmigración – Argentina – España – hispanismo – Centenario

**Abstract:** *In this article we will analyse some aspects of Daniel Infante's (1863-1930) thought, expressed in his travel's book “¡Por España! Reflexiones de un reexpatriado”. Infante was a Spanish lawyer and journalist who lived in Argentina and who had a republican, anti-clerical and positivist ideology. In 1901, he came back to his country and decided to reject Spanish values and lifestyle, adopting the ideology of progress of his new continent and of his new country.*

**Key words:** Infante – immigration – Argentina – Spain – hispanism – Centenary

*“Venir a América es un fin a cumplir y haber venido a América un fin cumplido en el programa cuyo prólogo es nuestro nacimiento. Así como el Corán prescribe a todo musulmán los mandamientos religiosos de orar todos los días mirando para oriente y hacer en el transcurso de su vida siquiera una peregrinación al Santuario de la Meca, la religión natural de los españoles nos prescribe soñar todos los días mirando hacia occidente y hacer en nuestra vida una peregrinación al continente siempre nuevo”*

---

<sup>1</sup> Licenciado y Profesor en Historia – Doctor en Ciencia Política (Universidad Nacional de Rosario, Argentina) – Estudiante Doctorado en Literatura Hispánica (Université de Montreal, Canadá) [santiago.javier.sanchez\\_umontreal.ca](mailto:santiago.javier.sanchez_umontreal.ca)

(*Revista Cantabria*, entrevista a Consuelo Berges, Buenos Aires, 1929)

## **De Palencia a Rosario**

Julián Daniel Infante Santos nació en Palencia (Castilla la Vieja) en 1863, y falleció en 1930 en Rosario (Argentina), ciudad en la que se había radicado en 1889. Tras una larga trayectoria como abogado, periodista y docente adoptó la ciudadanía argentina y adhirió a la Liga del Sur, agrupación política regional fundada en 1908 en Rosario. La militancia política de Infante fue intensa y estuvo signada por los enfrentamientos con Lisandro de la Torre, líder partidario, los cuales le llevaron a abandonar la Liga en 1912. Ese mismo año, en el mes de noviembre, fue designado intendente de Rosario por el gobernador de la provincia de Santa Fe, el radical Manuel Menchaca, cargo al que se vería obligado a renunciar en abril de 1913. El enfrentamiento con el Concejo Deliberante dominado por los liguistas y su apoyo y mediación en las huelgas de trabajadores tranviarios y de peones municipales precipitarían su alejamiento.

Durante su tormentosa gestión, el diario rosarino *La Capital* definió a Infante como un “resumen de todas las contradicciones”. Español y argentino, a resultas de su naturalización, militante de la opositora Liga del Sur y amigo de los radicales que gobernaban la provincia de Santa Fe, no dejaba, por ello, de confesarse “socialista” y de defender los derechos de los trabajadores.

Sin embargo, este “resumen” de “contradicciones” que para muchos de sus contemporáneos representaban el discurso político y la acción pública de Daniel Infante, comienza a adquirir sentido si se lo interpreta como el accionar de un republicano español en el exilio. Por otra parte, es importante señalar que

Infante, a diferencia de la mayoría de sus compatriotas residentes en la Argentina, adoptó la ciudadanía de su segunda patria y participó de manera activa en la política municipal y provincial. En ese sentido, se identificó decididamente con las reivindicaciones de autonomía y de traslado de la capital santafesina a Rosario, a las que no renunció aún cuando abandonara la Liga del Sur en 1912.

La ideología republicana de Infante se traducía en una oposición acerba a la monarquía española y al clero, a los que no sólo consideraba opresores en los planos político y económico, sino además detentadores de un auténtico oscurantismo. Su única profesión de fe -si cabe esta paradójica expresión- era la positivista. Su confianza absoluta en la razón, en el progreso, y en la educación popular, guió su trayectoria profesional y política, pero también condicionó su rechazo a España y su preferencia por la Argentina y por América.

En contraste con muchos intelectuales nacionalistas argentinos que, en torno al Centenario de 1910, se reconciliaban con la historia y con el legado cultural hispanos, Daniel Infante, inmigrante español, veía a su país como una tierra de atraso material, moral e intelectual, y consideraba al Nuevo Mundo como el espacio más propicio para el progreso en todas sus manifestaciones. Así, cuando en 1901 regresó a España con la intención de reestablecerse allí con su familia, sufrió una decepción tan violenta que decidió desandar su camino y radicarse definitivamente en Rosario.

Las circunstancias de este retorno frustrado quedaron reflejadas en *¡Por España! Reflexiones de un reexpatriado*, que analizaremos a continuación.

### **Un español poco hispanista**

En 1901, hacía ya doce años que el abogado palentino vivía en Rosario, en donde se había desempeñado como consejero de derecho del Ferrocarril Oeste Santafecino, bajo las órdenes de su paisano Carlos Casado del Alisal. El fundador de la ciudad de Casilda, también nacido en Palencia, había conocido a Infante en un viaje a la península realizado en 1888, y lo había tomado bajo su protección. Por lo tanto, la carrera de Infante en la Argentina se había visto facilitada considerablemente, y su éxito económico había sido importante.

Es por estos motivos, sumados a su condición de intelectual y a su ulterior naturalización y participación en política, que no puede considerarse a Infante como un inmigrante “promedio”, por así decirlo. Su caso no fue el de la mayoría de los europeos arribados al país, sino que reviste un carácter excepcional, y muestra aristas interesantes para ser analizadas.

Así, sus características personales lo hacían muy diferente de esa imagen de castellano austero y anacrónico pintada por los hispanistas argentinos de la Generación del Centenario<sup>2</sup>. Daniel Infante, por el contrario, se identificaba con los nuevos tiempos. La razón, la ciencia, el progreso, eran valores incorporados a su pensamiento y a su acción. Al respecto, dice Patricia Pasquali:

---

<sup>2</sup> Entre los escritores hispanófilos de la Generación del Centenario, el más notorio fue Manuel Gálvez (1882-1962) quien publicó en 1913 *El solar de la raza*, libro de viajes por España que expresa una visión diametralmente opuesta a la de Infante. En sus páginas de alto contenido poético, la idealización de la Madre Patria, la defensa de su austeridad, de su catolicismo, de su nobleza, son contrapuestas con la opulencia, el cosmopolitismo y la inmoralidad de la Argentina contemporánea.

“Todo su pensamiento y su conducta fueron exponentes de ese rigorismo lógico, de preferente metodología inductiva, hondamente internalizado en él, y que consideraba imprescindible extender al común de la gente, a través de la enseñanza y de la utilización pedagógica y doctrinaria de la prensa. Y esto porque concebía que en la falta de capacidad para formar opiniones fundadas racionalmente estribaba la causa del extravío de las masas: ‘hay que enseñar a discurrir -sostenía-, hay que estar presentando continuamente frente a los sofismas, las verdades’”<sup>3</sup>.

En su libro de 1920, *¡Por España! Reflexiones de un reexpatriado*, encontramos, precisamente, este afán racionalista y pedagógico. A lo largo de los diferentes artículos que lo componen, Infante se abocó a describir con minuciosidad escenas y situaciones de la vida española, acompañadas, en muchos casos, por cifras y citas de estudiosos reconocidos, todo ello con el fin de transmitir con mayor claridad y contundencia sus ideas.

Si el propósito de un Manuel Gálvez (escritor hispanista por antonomasia) era recurrir al instinto y a la sensibilidad para desentrañar el alma de España y revelar así lo que a la razón se le escapaba, las intenciones de Infante tenían que ver con la objetividad más rigurosa. Su razón y su pragmatismo lo compelián a denunciar los vicios de sus compatriotas, y a procurar explicar el estancamiento económico y cultural de su país. Tal como señaláramos con anterioridad, Infante, decepcionado con España, decidió regresar a la Argentina. Lejos de toda postura hispanista, y de manera inversa a Gálvez, terminó convenciéndose de que España

---

<sup>3</sup> PATRICIA PASQUALI, 1996, *J. Daniel Infante*, Editorial Municipal, Rosario, p. 38.

debía mirar a América y aprender de ésta, tomándola de modelo. El futuro del mundo era, para Infante, decididamente americano.

Durante su primera residencia en Rosario, entre 1889 y 1901, Daniel Infante no dejó de añorar su tierra, y de pensar en el retorno. Como queda apuntado en las primeras páginas de su libro, por entonces su noción de patria se hallaba dominada por el sentimiento, y no por la lógica. En cierta oportunidad, al preguntársele qué era mejor, si la Argentina o España, Infante no vaciló en contestar:

“La respuesta fue rápida como un rayo; sin alterar su sonrisa, levantó la cabeza y preguntó a su vez: ‘¿Quiere, Doctor, que discutamos antes otra cosa: ¿quién es mejor, su madre, o la mía? En poniéndonos de acuerdo comparemos nuestras Patrias’.

Así, así, como se quiere a la madre... y aún más que a la madre: lo cierto es lo cierto: aunque cueste rubor el decirlo, más que a la madre, se ama a esa entequeia, a esa pura idea, que no se halla en parte alguna si, en detenido análisis, vamos separando grano por grano la tierra, y hombre por hombre la gente, y que llamamos Patria”<sup>4</sup>.

El ideal de patria carecía para Infante de exactitud y de racionalidad, y su sentido se le escurría, una y otra vez. Así las cosas, sus esfuerzos por dilucidarlo fueron todos en balde:

“En vano había tratado siempre de sujetar su entusiasmo, de considerar su Patria desapasionadamente: multitud de veces se había entregado a hondos

---

<sup>4</sup> DANIEL INFANTE, 1920, *¡Por España! Reflexiones de un expatriado*, Reus, Madrid, pp. 12-13.

reflexiones en procura de una idea exacta del ideal patriótico, en que la razón hubiese puesto todo, y el sentimiento no hubiera influido en nada: su tarea había resultado inútil”<sup>5</sup>.

El esfuerzo por definir, por delimitar dentro del pensamiento, el “ideal patriótico”, fracasaba porque Daniel Infante aún anhelaba el retorno a España y porque aún no consideraba a la Argentina su nuevo hogar, sino su residencia transitoria. Pero apenas desembarcado en el puerto de Vigo, comenzaron los problemas.

A causa de los altos impuestos, el barco no atracó en los muelles, y los pasajeros, junto con su equipaje, debieron emplear los botes del puerto preparados ex profeso. Sus remeros, habitantes de Vigo, vivían justamente de explotar esta incómoda circunstancia. En caso de haber descendido los impuestos estos hombres hubieran quedado sin trabajo, lo cual llevó a Infante a realizar su primera comparación entre el costo de vida, los salarios y las oportunidades laborales en España y en la Argentina, lamentando la difícil e inmodificable situación económica de aquella<sup>6</sup>.

Pero el problema se presentaba aún más grave. No eran sólo los impuestos, sino la misma infraestructura portuaria la que estaba en malas condiciones:

“El repatriado visitó y examinó atentamente las construcciones del puerto.

Le parecía una obra de ornato municipal.

---

<sup>5</sup> INFANTE, op. cit., p. 23.

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 24-25.

¡Centenares de metros de murallón de piedra a la orillita del agua, en donde la bajamar descubre tierra y la pleamar no alcanza a dar dos metros de fondo! [...] ¿Obras para facilitar las operaciones mercantiles?

Dos muelles que se internan unos pocos decámetros en la bahía [...] No entran los carros en los espigones de los muelles; no está el galpón al alcance de las grúas [...] y hay que añadir aún que no siempre las circunstancias del tiempo permiten hacer en los muelles las operaciones de carga y descarga, y que los equipajes de los viajeros son subidos de las gabarras a los muelles dando tumbos por una escalera; no los izan con grúa.

No salía nuestro viajero de su asombro:

¡¡Y es éste el puerto de Vigo!!”<sup>7</sup>

Nos encontramos, en este fragmento, con la primera de una serie de descripciones de puertos, caminos, ferrocarriles, ciudades, escuelas y otras instalaciones y lugares de España. En todas ellas, la pintura es harto negativa, y la comparación con la Argentina y con América, inevitable. Para Infante, España, entre otras cosas, debía aprender de lo hecho por los americanos en condiciones naturalmente adversas:

*“Aquí, en donde la Naturaleza ha hecho una inmensa bahía [la bahía de Vigo], abrigada contra todos los vientos, y brinda con todos los elementos necesarios; madera, arena, piedra granítica y calcárea a la misma orilla del agua; los hombres no han hecho más de esto!...*

*¡Argentinos, argentinos!*

*Vosotros, que teníais frente a vuestra portentosa Buenos Aires puramente una enorme playa fangosa, y habéis tenido que acudir a cientos de leguas por la cal y por el granito, a miles por*

---

<sup>7</sup> *Ibídem*, p. 26.

*el carbón y las maderas, habéis construido, habéis creado, ese hermosísimo puerto; y aquí... ¡qué orgullo para vosotros!, para nosotros, ¡qué pena!*<sup>8</sup>

El puerto de Buenos Aires, como bien indica Infante, es una obra artificial por completo, que insumió grandes reservas de capital, ingenio y trabajo. Pero también Rosario, en la comparación con Vigo, sale muy bien parada:

“Y se acordaba del Rosario de Santa Fe, de su Bajo, tanto tiempo abandonado, fangoso, pero respecto al cual jamás los planes habían sido supeditados a otra idea que la de tener tales muelles que sobre ellos corriesen trenes enteros, al costado mismo de los mayores buques que surcan el mar...; y comparaba; y se apenaba, y se repetía centenares de veces las mismas preguntas:

*¿Qué es esto?; ¿qué hay aquí?; ¿qué ideas dominan en estas cabezas?*<sup>9</sup>”

El nuevo puerto rosarino sería inaugurado en 1905, tras las obras de remodelación emprendidas por una empresa francesa, por lo que las instalaciones a las que hacía alusión Infante eran aún bastante rudimentarias hacia 1901. No obstante ello, el intenso tráfico de buques y las exportaciones cerealeras que lo tenían como principal puerto de salida de su región, debían conferir al puerto “del Rosario de Santa Fe” un aspecto inusualmente más activo que el de Vigo en España. Porque en realidad, lo que le interesaba subrayar a Daniel Infante era el tipo de mentalidad reinante en uno y en otro lado del océano.

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 27.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 27.

La desidia en el diseño de las obras públicas constituía uno de los rasgos, para Infante, de esta mentalidad española retrógrada, reacia al progreso y a las innovaciones. Otro rasgo era el tono autoritario del lenguaje popular, vociferante, agresivo, y soez:

“De lo primero que impresiona a los viajeros al llegar a un país es el modo de hablar de las gentes, y de los pueblos que más impresión causan por esto es el pueblo español.

Es general un tono durísimo, gritador, autoritario, en el que, de lo más alto a lo más bajo, parece estar siempre vibrando la afirmación de una extrema altivez, de una fierísima independencia, que gusta de estar alardeándose siempre, aún en las relaciones del tendero con el parroquiano, aún en las del criado con el amo de cuyo pan come”<sup>10</sup>.

No hay ponderación alguna, en estas páginas, de la lengua española empleada en la península, sino que, por el contrario, se la condena, al menos en lo que atañe al “tono” de su expresión coloquial más frecuente. En este pasaje, como en otros que seguiremos citando, Infante, aún siendo español, se coloca frente a sus compatriotas en una posición distante. Pareciera como si, luego de doce años de vivir y trabajar en Rosario, el joven exiliado republicano hubiese sufrido una transformación psicológica casi absoluta. La “argentización” que muchos intelectuales del Centenario confiaban a la educación pública y destinaban a los hijos de los extranjeros, parecía haberse producido, por otros medios espontáneos, en una persona ya adulta como era Infante. A su regreso a la

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 42.

patria, Infante ya no era enteramente español, y aunque no sería nunca, tampoco, enteramente argentino, había adoptado el punto de vista argentino y americano. Esta situación era ya inmodificable en 1901, y precipitaría su regreso a la Argentina.

Daniel Infante explicaba su radical transformación personal realizando una analogía entre las habitaciones sin ventilar y el aire libre, la oscuridad y la luz, y España y la Argentina:

*“Con frecuencia nos ocurre pasar la noche en habitación bien cerrada, y, al despertar, no sentir molestia alguna que afecte nuestra respiración; pero si salimos al aire libre y luego [...] volvemos a ella, nos resulta su ambiente irrespirable.*

*Con la luz suele pasar lo mismo: quedamos en habitación oscura, nuestro iris se contrae, nuestra pupila se agranda y vemos bien; llega a parecernos que allí hay luz suficiente [...] Pues algo semejante ocurría a nuestro repatriado en su país.*

*Allí se había encontrado bien: nada había echado de menos; muy pocas cosas le habían extrañado...: era que no había salido al aire libre y a la luz esplendorosa: ahora veía justo”<sup>11</sup>.*

Si el argentino Manuel Gálvez buscaba las raíces y la razón de ser de su nación en la Madre Patria española, el español Daniel Infante, al emigrar a la Argentina, había empezado a renegar de este mismo legado hispano, y encontrado el ambiente propicio a sus ideales republicanos y positivistas. El rechazo a su país natal no hizo más que crecer con el correr de los meses. Cada detalle, ahora observado bajo el imperio de “la luz esplendorosa” que había conocido durante su exilio, le parecía ahora insoportablemente odioso:

---

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 69.

*“Como le sorprendió el hablar, le sorprendió el vestir: las clases medias, muestran, en su vestir, la estrechez en que viven; las clases obreras, no solamente van vestidas con miseria, van, en gran parte, harapientas.*

*No es ya que la ropa sea poco o sea muy remendada: es que la llevan rota, llena de desgarrones y con pruebas de estar en mala relación con el agua.*

*En las viviendas de los obreros, no es sólo pobreza lo que se nota; es desidia, es falta de aseo<sup>12</sup>.*

Daniel Infante, al intentar explicar las razones de lo que veía y lamentaba en su país, distinguía dos problemas: uno inmediato y apremiante, otro más profundo y difícil de resolver. El primero de ellos era el hambre que aquejaba por entonces al pueblo español, el segundo el estado de conciencia, “las ideas filosófico religiosas”:

*“[...] no se necesita acudir a otra fuente que a la misma prensa española para recoger este clamor continuo: “aquí no se puede vivir”; “el obrero se muere de hambre”...; ¿dónde está la causa?*

*El repatriado, cuyas reflexiones vamos consignando, la buscó con empeño: no pudo convencerse de que fuese una sola; llegó a persuadirse de que tal efecto se debe a la acción conjunta de causas múltiples; en último análisis, encontró posible sintetizarlas todas diciendo: ‘está el origen en las ideas filosófico religiosas que en España imperan’, pero, no yendo tan a lo hondo, deteniéndose en las causas próximas, encontró dos eficacísimas: el régimen arancelario y el impuesto de consumos<sup>13</sup>.*

---

<sup>12</sup> *Ibíd*em, p. 69.

<sup>13</sup> *Ibíd*em, p. 58.

Desde su juventud, Daniel Infante había sido librecambista a ultranza y decidido opositor de las trabas aduaneras a los alimentos importados, especialmente al trigo. En su opinión, el alto costo de los alimentos y su escasez se debían a los aranceles que frenaban su entrada a España. Así, el trigo y la carne argentinos pasaban de largo frente a los puertos de la península, y seguían hasta Inglaterra<sup>14</sup>. Esta situación, sólo llevaba al hambre y a la desnutrición del pueblo. El contraste con la Argentina resultaba entonces aún mayor cuando los españoles allí emigrados tenían hijos, y éstos crecían altos y robustos, mucho más que sus padres<sup>15</sup>.

Pero la haraganería que Infante atribuía a sus compatriotas constituía un problema de fondo, más complejo de resolver. Para Infante, la influencia de la Iglesia Católica, lejos de crear hábitos de trabajo e inculcar un sentido ético de la vida, había empeorado aún más las cosas. Así, la misma suciedad y abandono presentes en las viviendas populares y en las oficinas públicas, se encontraba en las iglesias<sup>16</sup>. Por otra parte, tampoco el clero, en su opinión, había podido hacer algo para suprimir las malas costumbres:

*“No logran evitar la blasfemia, que no produce utilidad de ningún género a quien la profiere, y ¿lograrán evitar la embriaguez, el hurto, la fornicación, la venganza, que tanto placer inmediato proporciona a quien la realiza? [...] Lo que hay es tantísimo que basta y sobra para demostrar la ineficacia de la acción religiosa”<sup>17</sup>.*

---

<sup>14</sup> *Ibídem*, p. 180.

<sup>15</sup> *Ibídem*, p. 56.

<sup>16</sup> *Ibídem*, p. 70.

<sup>17</sup> *Ibídem*, p. 44.

La violencia omnipresente y la falta de respeto a la ley y a las normas son otros rasgos que Infante criticaba con fastidio<sup>18</sup>. En otro orden de cosas, así como lo impresionaron malamente el lenguaje, el vestido y la suciedad de personas y edificios, el aspecto general de las ciudades tampoco fue de su agrado:

“El que se ha hecho a las ciudades americanas de casas bajas, de calles anchas y rectas, de plazas como parques..., en las históricas ciudades españolas no cabe, se ahoga.

¡Caminar por calles que no dan paso a rodados, o si se le dan es a costa de haber suprimido las veredas y de tener marcadas unas calles para ida, otras para vuelta! ¡¡Cruzar por vías en las que, poniéndose en cruz, se toca ambas paredes!! ¡¡Vivir en casas jamás visitadas por el sol, y en las que el aire es tomado de patios que parecen, de arriba, hondos pozos, de abajo, anchas chimeneas!!...

¡Qué insoportable tormento!”<sup>19</sup>

El proceso de aclimatación a la tierra que se convertiría en su segunda patria, y cuya nacionalidad adoptaría al regresar a ella, se había cumplido con creces. Algo profundo había cambiado en la identidad de Infante, quien bien merecía el apelativo de “indiano”, vocablo acuñado en España para designar a los emigrados que pasaron largos años en América y adoptaron buena parte de sus costumbres. Más adelante, el mismo Infante hablaba de España como lo haría un extranjero:

*“Mejor el aislamiento absoluto que el contacto con quienes tienen sus cabezas en diametral oposición con las nuestras y sus costumbres en lucha abierta con nuestras costumbres”<sup>20</sup>.*

---

<sup>18</sup> *Ibíd.*, pp. 40-41.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 73.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 73.

Aquí, Infante ha adoptado como propio el “nosotros” argentino y americano. Su discurso no es ya el del exiliado, ni menos aún el del inmigrante, aquel que llega a una tierra extraña acarreado el bagaje de una identidad que no quiere perder, a la que se aferra, y de la que suele sentirse orgulloso. Daniel Infante, en el curso de sus años de residencia rosarina, había adoptado, inconscientemente, una nueva identidad -personal y colectiva- que al regresar a España se le tornó consciente. Pero otras razones, de orden práctico, fortalecían esta situación.

Es que si el pasado había sido de Europa, el futuro, para Infante, sólo podía ser de América:

*“[...] el repatriado cuyas impresiones vamos relatando, se repetía sin cesar, según hemos dicho, al considerar una y otra ciudades españolas.*

*Imposible, imposible, son males sin remedio.*

*Vencerás, América; vencerás: de aquí no saldrán hombres, ni muchos, ni fuertes, ni sanos; de tus ciudades seguirán saliendo; ya los ahogas con los productos de tu suelo, y ya temen atrozmente a una de tus regiones por sus productos industriales...; se aferran a sus vetusteces...; perecerán con ellas.*

*Pero, date pronto buena cuenta de las verdaderas causas de tu grandeza; dejando, por ahora, de lado la que sin duda alguna es más poderosa, la interna, de que hablaremos a su tiempo; en lo externo, es la salud quien te da la victoria, y tienes salud porque tus casas y tus ciudades son higiénicas, y se emborrachan de sol y se ahítan de aire puro, y porque son baratos en ti los alimentos, date cuenta y no caigas en los vicios, en las ignorancias, en los extravíos de los pueblos aletargados del mundo viejo”<sup>21</sup>.*

---

<sup>21</sup> *Ibíd*em, p. 76.

Estas consideraciones de Infante sólo exudan pesimismo. En España no había, para él, ninguna posibilidad de progreso, puesto que pertenecía a un “mundo viejo”, de “pueblos aletargados”. América, en su visión, debía sacar partido de sus ventajas innegables, las mismas que le asegurarían la hegemonía.

El 26 de abril de 1910, esto es, pocos años después del viaje de Infante a la Península, Juan Álvarez<sup>22</sup>, por entonces secretario de la intendencia, dirigía el “Tercer Censo Municipal del Rosario de Santa Fe” y publicaba ese mismo año sus resultados, complementados con un capítulo de Juan A. Ortiz en el que se exponían consideraciones de tipo histórico, geográfico, económico y otras conexas. Para el caso que nos ocupa consideramos pertinente transcribir aquí un fragmento del mismo:

*“Ocurre -para salir de una vez de los números -plantear una cuestión estética. ¿Es en realidad Rosario una ciudad bonita? ¿Cuáles son sus bellezas? ¿Qué atractivos hacen de ella la habitación hacia la cual converge una población creciente, una inmigración considerable?*

*Desde luego, nuestras ciudades de América, improvisadas en breves años, presentan la característica de la carencia absoluta de la vetustez. Entre nosotros todo es nuevo, todo es reciente; o se está construyendo o acaban de retirarse los andamios y parece que se notara en los edificios o en las plazas, la ausencia momentánea de los albañiles que luego volverán por los últimos retoques.*

*No sucede, entre nosotros, lo que tan frecuentemente hiere nuestra atención en Europa, a saber: que al lado mismo del palacio cuya grandiosidad suntuosa refleja la actividad o la idiosincrasia de una época histórica, alza su fealdad desvergonzada, la vivienda mísera y amorfa, o*

---

<sup>22</sup> Juan Álvarez (1878-1954). Nacido en Gualaguaychú (provincia de Entre Ríos) y radicado en Rosario en 1890. De profesión abogado, se destacó sin embargo como ensayista e historiador. Su libro más conocido es la canónica *Historia de Rosario*, de 1943, hasta hoy la obra de conjunto más importante sobre el pasado rosarino

bien, desvía su tortuosa estrechez la calleja medioeval, desaseada y oscura. Ejemplo: Génova, Barcelona, y casi todas las ciudades del viejo mundo.

Por el contrario, nuestra arquitectura reciente, carece tanto de suntuosidad como de vejez<sup>23</sup>.

Advertimos aquí, en esencia, la misma idea esgrimida por Infante en relación a las ciudades españolas y europeas. Lo que podía tener de distintivo -y de superior- una ciudad joven, típicamente americana, como Rosario, eran sus calles abiertas y luminosas, sus edificios en tren de construcción y su espíritu progresista. Ortiz, como Infante, condenaba las estrechas callejas europeas, denegándoles el prestigio de la historia y del arte, y resaltando, en contrapartida, la juventud y la austeridad rosarinas.

Cuán diferentes resultan las perspectivas de Infante y de Ortiz, si las comparamos con la de Gálvez, quien llegaba al punto de ponderar ese mismo estancamiento y esa misma vetustez que ellos rechazaban:

*“Pero no, estas ciudades no deben morir ni progresar jamás. Segovia, Toledo, Venecia, ¿por qué no quedan eternamente para servir de refugio, en las intemperies de la vida, a los soñadores incurables, a los vencidos, a los atormentados por la inquietud espiritual? Segovia la Vieja ¿por qué no perdura hasta la consumación de los siglos, a fin de que las almas envejecidas, las desterradas de la vida presente, hallen el consuelo de un misterioso acuerdo con su vejez ruinosa?”<sup>24</sup>*

---

<sup>23</sup> ORTIZ, Juan, “El Rosario”, en *Tercer Censo Municipal del Rosario de Santa Fe*, levantado el 26 de abril de 1910 bajo la dirección del secretario de la intendencia Doctor Juan Álvarez, Talleres de “La República”, Rosario, 1910, pp. 45-46.

<sup>24</sup> GALVEZ, Manuel, 1943 (1913) *El solar de la raza*, Editorial Poblet, Buenos Aires, pp. 71-72.

**La decadencia material de España no constituía para Manuel Gálvez, como sí para Daniel Infante, un motivo de preocupación. España era para aquél más un símbolo y una idea que una realidad concreta. Lo que a Gálvez le interesaba era lo que esta nación representaba espiritualmente para los argentinos, y lo que siempre seguiría representando para ellos, más allá de las contingencias históricas. Las ciudades europeas no impresionaban tanto a Gálvez por su estética, sino por su apariencia intemporal, por lucir siempre idénticas a sí mismas, a diferencia de las jóvenes y efímeras ciudades americanas. España encarnaba para Gálvez el pasado que se prolonga, la tradición que no muere, y un basamento firme para la identidad nacional argentina.**

Así, Manuel Gálvez condenaba el desdén, tan frecuente entonces, de la Argentina hacia las naciones más pobres, fenómeno éste que, en su opinión, sólo revelaba el materialismo reinante en su país. En su viaje a España, Gálvez se cruzó con un médico argentino que se hallaba allí como turista y que consideraba todo lo que veía una “calamidad”:

*“Era una de aquellas personas, como tantas que existen, que viajan para conocer hoteles, juzgar las comidas, las rameras, los teatros, las comodidades. Para él España era una calamidad y Suiza el país más admirable del mundo. Yo le objeté que el pueblo suizo carecía de espíritu, de gracia, de talento, que era como una de esas personas honradas y vulgares, de vida ordenada, que comen, trabajan y aman a horas fijas, incapaces de un crimen o una falsía, ciertamente, pero también incapaces de soñar y crear”<sup>25</sup>.*

---

<sup>25</sup> GÁLVEZ, op. cit., p. 44.

Tal punto de vista se acerca mucho al de Daniel Infante cuando éste hablaba de las incomodidades que suponía el viajar por España, con sus trenes lentos, sus malos hoteles, y la descortesía de criadas y camareros. Sin embargo, Infante no se detenía sólo en estos detalles, que por cierto le resultaban exasperantes, sino que procuraba ir más allá de ellos, ahondando en las motivaciones más profundas que los animaban. De esta manera, criticaba la educación española que, en su opinión, no servía para aprender a reflexionar, y cuyos efectos perniciosos se veían agravados por el hacinamiento en que vivía la mayoría de las personas:

*“Por otra parte, la educación de los hijos, en lo que tiene de más importante, la formación de un criterio recto y de un corazón inclinado al bien, no se logra mandando los hijos a la escuela, aunque en la escuela se haga más de lo que suele hacerse en las españolas (obligar a aprender de memoria libros mal hechos), se consigue con el ejemplo continuado y con la reflexión inmediata a los hechos, en caliente, cuando la mente de los niños se halla en estado de asimilar; ni uno ni otro son posibles cuando el hogar es repelente, y grandes y chicos suelen no reunirse en él durante más tiempo del empleado en comer y en dormir”<sup>26</sup>.*

Para Infante, como ya vimos, no podía haber mejor estilo de vida, más saludable, que el de las ciudades de América, con sus grandes espacios, su luz y su vegetación que, a su juicio, ensanchaban también la mente y las perspectivas. Todo lo contrario de lo que acontecía en España:

---

<sup>26</sup> INFANTE, op. cit., p. 80.

“Cuando nuestro repatriado visitaba a su vieja tierra y veía tanta y tanta vivienda amontonada; tanta y tanta casa de gente rica sin un huerto, sin una planta, sin una flor; tanta y tanta vida perdiéndose en los casinos, en los cafés, en las tabernas, en los soportales, en las iglesias, se abatía y se formulaba la pregunta eterna:

¿Qué hay aquí? ¿Por qué es todo esto? ¿Cómo se podría ponerlo remedio?”<sup>27</sup>

La educación era la única vía que encontraba Daniel Infante para poder cambiar, de raíz, esta situación. No bastaba, para él, con vivir en España y con pertenecer a una clase social privilegiada, puesto que también los ricos carecían de la sensibilidad que sólo la educación era susceptible de desarrollar plenamente. El problema de España, para Infante, no era meramente material. Para Infante los españoles no eran, como para Gálvez, artistas y soñadores, sino que, por el contrario, se hallaban esencialmente incapacitados para captar la belleza de las cosas. España no era para Infante, como sí lo era para Gálvez, un país espiritual y profundo:

*“Hay ya una explicación suficiente para muchos casos; hay un remedio indicado: es preciso una gran obra de educación.*

*Pero quedan muchos aún que tienen la posibilidad de hacer el huerto junto a su casa, en los grandes corrales que poseen y ¿estos?*

*Halló en último análisis que, sobre haber muchísimos de ellos refractarios a todo trabajo corporal [...] no tenían el sentimiento de la belleza con desarrollo suficiente a encontrar los placeres que la contemplación de las plantas proporciona...; otra labor magna educativa a hacer.*

*¡Siempre, siempre la misma conclusión: hay que revolucionar aquellas almas!”<sup>28</sup>*

---

<sup>27</sup> Ibidem, p. 81.

<sup>28</sup> Ibidem, p. 81.

Siete años más tarde de esta breve experiencia de repatriación, la Inmobiliaria Rosarina, empresa constituida por Daniel Infante en sociedad con Arrillaga, inauguraría sobre la calle Santa Fe, entre Crespo e Iriondo, una veintena de casas para obreros. Sería la primera de una serie de iniciativas similares en otros puntos de la ciudad<sup>29</sup>, y la materialización de las ideas que Infante profesaba acerca de la importancia de la salubridad de la vivienda. Estos barrios de casas humildes con jardín fueron una de las propuestas del abogado español para mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras.

Pero volviendo a *¡¡Por España!! Reflexiones de un reexpatriado*, podemos decir que el tono de las observaciones críticas a lo largo del libro es homogéneo. De esta manera, se sigue aludiendo a la tosquedad de los españoles, ahora como compañeros de viaje<sup>30</sup>, a las iglesias arruinadas estéticamente por el mal gusto de curas y arquitectos<sup>31</sup>, y a las reliquias del pasado arrumbadas y sucias en los desvanes, víctimas de la ignorancia de los curas que no conocían su historia y su valor<sup>32</sup>.

Por otra parte, guiado por sus propósitos de conocimiento y racionalidad, Daniel Infante se propuso refutar el mito de la fertilidad del suelo español<sup>33</sup>. Tras ensayar una descripción física general de España, resaltó la escasa productividad del suelo, manifiesta en casi todos los lugares de la península, y propuso otras

---

<sup>29</sup> PASQUALI, op. cit., pp. 113-114.

<sup>30</sup> INFANTE, op. cit., p. 83.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 89-90.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 90.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 98-99.

fuentes de riqueza, como la minería y la industria<sup>34</sup>. Seguidamente, habló del fraccionamiento de los campos españoles, a su juicio una situación altamente desfavorable para el desarrollo del país, contrastándola con las amplias y feraces extensiones americanas<sup>35</sup>.

En lo que atañe a esta desolación de la tierra española, mucho más patente en la meseta castellana, es de notar que incluso el mismo Manuel Gálvez escribió sobre ella con desesperanza:

*“España no es alegre, ni triste, ni voluptuosa, ni brillante, ni sangrienta. Es sencillamente - sin que esto se aplique por igual a todo el país- un pueblo hastiado y pesimista [...] Cuando se vive en regiones tan ruines, bajo la zarpa de una naturaleza enemiga, no es posible amar la vida. La visión de las cosas tiene que resultar desoladora. El vivir es allí una estúpida paradoja, algo tan vano y tan absurdo que sólo Dios podría explicarlo. Y es a Dios a quien en aquellos pueblos se dirigen las almas imprecatoriamente; pero no al buen Dios paternal y amigo, sino al Omnipotente a quien se teme y de quien se blasfema”<sup>36</sup>.*

Más adelante, Gálvez aludía al contraste entre la sequedad de Castilla y el verdor de otras regiones españolas, como Andalucía y el País Vasco, y también hacía el parangón con la pampa rioplatense. No obstante ello, Castilla era para el escritor argentino mucho más que una comarca áspera:

*Pero con toda su miseria yo quiero a estas tierras castellanas con el mayor de los cariños, después de aquel que tengo por mi patria. De estas tierras proceden nuestros antepasados, ellas son*

---

<sup>34</sup> *Ibíd*em, p. 102.

<sup>35</sup> *Ibíd*em, p. 112-114.

<sup>36</sup> GÁLVEZ, *op. cit.*, pp. 55-56.

*el solar de la raza que está formándose en América [...] Estas tierras han engendrado al pueblo más noble, más heroico, más caballeresco que ha existido jamás. Estas tierras han producido artistas no superados hasta hoy, santos extraordinarios, vidas de un heroísmo casi sobrehumano, escritores de genio*<sup>37</sup>.

Las raíces y los orígenes legendarios de la nueva raza que, según Gálvez y otros autores contemporáneos, se estaba formando en América, se hallarían entonces en Castilla. Allí se ubicaría el “solar” de esta raza que, aunque hegemonizada por criollos y españoles, sería en realidad producto de un crisol de razas, en el que estarían incluidos aportes culturales no ibéricos.

Pero así como Manuel Gálvez exaltaba el carácter “heroico” y “caballeresco” del pueblo español, éste era enjuiciado con severidad por Daniel Infante, quien condenaba sus violencias inútiles y su imprudencia:

*“Porque, preciso es decirlo todo: lo que de desinterés, de abnegación, de valor, suele sobrar en bastantes, de prudencia suele en todos faltar.*

*Por esto ha habido tantas sublevaciones abortadas; tantas revoluciones intentadas, que no han pasado de motines, tanta sangre inútilmente vertida.*

*La prudencia, es la virtud de la ponderación; del exacto juicio entre las fuerzas y las resistencias; entre los recursos y las necesidades; no es virtud española: si lo fuese, no haríamos tantas y tan continuas qui jotadas.*

*Pues, para muchos, la política es una serie ininterrumpida de campañas qui jotescas”*<sup>38</sup>.

---

<sup>37</sup> *Ibíd*em, p. 56.

<sup>38</sup> INFANTE, *op. cit.*, pp. 115-116.

Era en la política en donde Daniel Infante veía patentizadas la violencia y la corrupción en su expresión más desenfrenada. De allí su postura a favor del voto secreto, que de España hizo extensiva a la Argentina, y que lo llevó a apoyar la lucha emprendida por la Unión Cívica Radical contra el fraude, un dato común de las elecciones argentinas y españolas. Sin embargo, y en consonancia con lo que apuntáramos en páginas anteriores, Infante sostenía en su libro que la reforma electoral y el reemplazo de la monarquía por la república no bastarían para cambiar profundamente la situación en España, y que sólo podría hacerlo, a largo plazo, la educación<sup>39</sup>. Es en ella en la que Infante, que se consideraba un idealista y no un político práctico, avizoraba la esperanza de una transformación verdadera.

Dos situaciones significativas son relatadas en el artículo titulado “Una misa y una corrida de toros”. En primer lugar, Daniel Infante cuenta cómo concurrió con su hijo a una iglesia, para que éste pudiera ver oficiar una ceremonia religiosa, algo que jamás había hecho, y a poco de que la hostia y el vino fueran consagrados el niño exclamó, refiriéndose al sacerdote, “Papá, ¡cuánta explicación que da para tomarse la copa!”<sup>40</sup>. El padre, sofocado por las carcajadas, tuvo que abandonar el lugar junto a su hijo.

Este incidente dispara el recuerdo de otro acaecido en la juventud de Infante, cuando, acompañando a “un señor de edad”<sup>41</sup>, pasó frente a ellos una procesión. El hombre que acompañaba a Infante -cuya identidad no se revela- se

---

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 156.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 157.

resistió a descubrir su cabeza, lo que llevó a que un sargento primero se acercara a él en actitud recriminatoria. Infante, entonces, se encasquetó su sombrero -que sí se había quitado momentos antes- y sujetó la muñeca del oficial. La situación no tuvo consecuencias, como no las tuvo tampoco el incidente de la misa, pero la voz de la nueva conciencia de Infante habló de esta manera: “Te ocurrirá, cuando menos lo pienses, algo análogo. Increíble tú; intolerantes aquí los más, seréis incompatibles; convéncete de ello”<sup>42</sup>.

El otro incidente tuvo lugar en una plaza de toros, a la que Infante concurría acompañado de todos sus hijos:

*“Gozaban, como lo que eran, como chiquillos, al ver tanta y tan alegre concurrencia; el cielo purísimo, el sol esplendoroso; las mantillas, los mantones de Manila; el despejo, la salida de las cuadrillas, la apertura del toril, la salida del toro...; pero apenas se acercó el toro al primer picador, y clavó los cuernos en el caballo y le destrozó, el pobre chiquilín dio un grito estridente [...] y se puso a gritar como un desesperado: ¡Brutos! ¡Animales! ¡Canallas! ¡Papá, no veas esto, vámonos papá, vámonos!”<sup>43</sup>*

El padre tomó entonces de la mano al hijo y se lo llevó. A continuación, las conclusiones de Infante son las de un hombre que ha abandonado definitivamente las costumbres y emociones de su pasado español:

*“La voz de siempre hablaba al repatriado:*

---

<sup>42</sup> *Ibíd.*, p. 157.

<sup>43</sup> *Ibíd.*, p. 158.

*¿Lo ves una vez más? También te has salido de los toros, y no ha sido únicamente por tu pequeño, no; ha sido porque ya no te entusiasman; porque también la razón se te ha impuesto, porque también encuentras la fiesta bárbara...<sup>44</sup>*

*La iglesia y la plaza de toros eran, para Infante, dos escenarios clave para entender la psicología más íntima de los españoles. La intolerancia religiosa en el primero, la violencia de una “fiesta bárbara” en el segundo, revelaban además, para el repatriado, las contradicciones de una moral equívoca:*

*“Este niño, a quien no se ha predicado jamás una idea religiosa, que no había visto jamás una misa, pero que, desde antes de que pudiese entender lo que se le decía, no se ha acostado nunca sin recibir el beso de su padre, y sin que al dársele le dijera ‘sé bueno’ [...] tan intensamente siente ya la compasión, que no puede sufrir la vista de un padecimiento [...] Y, en cambio, millonadas de mujeres religiosísimas gritan en las plazas a rompe gaznate: ‘¡Caballos! ¡Caballos! ¡Caballos!’, y sobre los caballos, y al lado de los caballos, están los hombres expuestos a morir sin confesarse.*

*¡Qué pueblo éste, mi pueblo!*

*¡Qué religión tal religión!<sup>45</sup>*

En 1908, ya de regreso en la Argentina, Daniel Infante, junto a otros intelectuales anticlericales de diversas procedencias políticas como Alfredo Palacios, Tobías Arribillaga, Enzo Bordabehere, Serafín Álvarez (padre de Juan) y Manuel Pignetto, se opondría enérgicamente a la creación de un obispado en Rosario y fundaría con ellos la “Liga Liberal”<sup>46</sup>. Dentro de la misma se agruparon todas las organizaciones masónicas, incluida la “Logia La Unión”, a la que pertenecía Infante, el Partido Socialista, ciertos intelectuales de ideología anarquista, y renombrados profesionales y empresarios. Durante los meses de agosto y septiembre se llevaron adelante *meetings* en los teatros de la ciudad, en

---

<sup>44</sup> *Ibíd.*, p. 158.

<sup>45</sup> *Ibíd.*, p. 158.

<sup>46</sup> GLÜCK, Mario, “Aquel Rosario anticlerical”, en *La Capital*, Rosario, 8 de octubre de 2006.

los cuales se pronunciaron violentos discursos en contra de la religión y de la Iglesia.

Años más tarde, en 1913, durante su intendencia rosarina, Infante elevaría dos proyectos al Concejo Deliberante. El primero de ellos contemplaba la supresión de las dos plazas de capellanes subvencionadas por el municipio<sup>47</sup>, mientras que el segundo pretendía hacer lo propio con el *Tedeum laudamus* que tenía lugar en las celebraciones patrias<sup>48</sup>. Ambas iniciativas fueron rechazadas, y generaron críticas por parte de los concejales y de la prensa local.

Daniel Infante consideraba a la religión en general, y al catolicismo en particular, como obstáculos para el progreso. En su visión, era el ambiente retrógrado de España el que alentaba la indolencia y la pobreza de sus habitantes, los cuales, trasladados al clima más propicio del continente americano, trabajaban y producían con creces. De allí la necesidad de cambiar la mentalidad que la religión, a su juicio, había moldeado:

*“Ahí, ahí, se necesitaría producir la revolución: en lo más hondo de su manera de ser.*

*Sería indispensable convencerles de que no hay más vida que esta vida; pero, de que en ella tenemos el deber de contribuir al progreso universal [...] Tras de tal convicción, vendría, de inmediato, primero, el ahorro de todo lo no indispensable, del vino, del tabaco, de la lotería, de los toros...*

*Sin tardar, vendría la práctica de todo lo que puede producir agrado, sin costarnos grandes sacrificios...: el aseo, la limpieza, el lenguaje culto, tranquilo, moderado, afable...*

---

<sup>47</sup> *La Capital*, Rosario, 9 de febrero de 1913.

<sup>48</sup> Ver el comentario, de tono sarcástico, publicado en la revista rosarina *Monos y Monadas* el 30 de marzo de 1913.

*En cuanto la laboriosidad triunfase...; ¡qué Nación haríamos! Porque materia prima hay, hay, en nosotros la tenemos; de buena madera somos; y, si lo duda alguien, que eche la vista sobre los expatriados y se dé cuenta de lo que saben hacer, y de lo que llegan a hacer miles y miles fuera de la Patria*<sup>49</sup>.

Para Manuel Gálvez, en tanto, la religión católica no impedía, *per se*, el desarrollo material. En *El solar de la raza* Gálvez señalaba que el anticlericalismo había engendrado esta falsa creencia en relación a España, “país ultracatólico”. De hecho, sostenía Gálvez, las provincias vascas y Cataluña, dentro de la misma península Ibérica, eran regiones católicas y pujantes, como lo era Baviera en Alemania<sup>50</sup>.

A lo largo de toda su vida Daniel Infante se manifestó preocupado por el estancamiento económico de su país, mientras que Manuel Gálvez, en contrapartida, estuvo atravesado por inquietudes diferentes, de orden espiritual y cultural. Su pertenencia a la burguesía hispanocriolla, con su consecuente alarma frente a la inmigración, condicionaron el tenor de su obra. Para Gálvez, la tragedia mayor de España no era su pobreza material sino su decadencia y el fin inminente de sus glorias e ideales del pasado, los cuales serían esencialmente incompatibles con la “civilización burguesa”:

*“Y he aquí el dolor de España: ver cómo aquellos ideales de antaño deben desaparecer, cómo el sentido positivista de la vida domina el mundo; cómo el arte humano y único que expresaba aquellos ideales resultará pronto exótico e incomprensible, habiendo perdido casi toda relación de semejanza con la vida actual; cómo a la energía espiritual reemplaza la energía industrial; cómo las*

---

<sup>49</sup> INFANTE, op. cit., p. 167.

<sup>50</sup> GÁLVEZ, op. cit., pp. 39-40.

*almas del Cid, de Don Quijote y de otros no menos admirables seres no influirán más sobre los hombres; cómo morirá la España vieja, la grande, la castiza*<sup>51</sup>.

Lo que Manuel Gálvez condenaba, en el fondo, era el materialismo y el positivismo reinantes en la Argentina, aquellos que habían impulsado el desarrollo del país. Como él, otros intelectuales de la élite argentina habían comenzado por entonces a idealizar el pasado hispanocriollo, a resaltar las virtudes de la población “original”, frente a las multitudes de inmigrantes, percibidas ahora (a diferencia del siglo XIX) como una amenaza material y cultural, en especial cuando se trataba de gentes que no hablaban español. Es por ello que, para Gálvez, las añoranzas estaban concentradas también en la España castiza, el “solar” de la flamante raza argentina. Por eso, aunque no repudiaba de modo absoluto el desarrollo económico, Gálvez prefería el espíritu de la “España vieja”:

*“¡España vieja! No sabría decir cuántas bellas cosas significan para mí estas dos palabras. Ellas me dicen lo más noble, lo más heroico, lo más espiritual que ha habido sobre la tierra. Me apena imaginar que todo esto tiene que morir, que está ya muriendo. Una España nueva, que no puede coexistir junto a la antigua, comienza a levantarse llena de bríos. Es la España de las minas, de las fábricas, del comercio, del porvenir económico: la España de Bilbao y de Huelva, de Barcelona, de Valencia, de Guipúzcoa. Yo que soy ciudadano de un país potente de energías, no puedo sino regocijarme por esta naciente energía. Pero ¡ah, qué lejos se halla esta España moderna de aquella otra que, exaltada de generosidad y de idealismo, se concretó en el alma de Don Quijote [...]”*<sup>52</sup>

---

<sup>51</sup> Ibidem, p. 76.

<sup>52</sup> Ibidem, p. 76.

En ningún pasaje de *¡Por España! Reflexiones de un reexpatriado*, se encuentra siquiera un atisbo de lo que Gálvez sí reconocía: el incipiente desarrollo económico español, aunque éste estuviera restringido a ciertas regiones. La visión de Daniel Infante al respecto era enteramente negativa y desesperanzada. Todos los artículos que componen su libro están inspirados por los mismos argumentos: el atraso material, moral e intelectual de España y de los españoles, y la imposibilidad de un cambio.

La esposa de Daniel Infante, Matilde Valcárcel, a quien conociera en la Argentina, era también española y sufrió la misma decepción que su marido, sólo que en su caso la decisión de retornar a América fue inmediata. En Infante, en cambio, el proceso que le llevó a tomar su decisión final, resultó más largo y trabajoso. Fue la presencia de sus seis hijos argentinos la razón de mayor peso que terminó de disipar sus dudas, al percibir la deficiente educación que recibían éstos en las escuelas españolas, y el porvenir limitado que avizoraba para ellos<sup>53</sup>.

Otros sucesos más apremiantes acelerarían el retorno. Dos de los hijos, y el propio Daniel Infante, cayeron enfermos. Uno de los niños debió sufrir una traqueotomía, que más tarde fue considerada innecesaria por otro médico. Las cuentas por las operaciones y por las visitas médicas ascendieron a cifras exageradas. Fue ésta “la gota de agua”<sup>54</sup> que rebalsó el vaso, y la familia partió hacia el Río de la Plata.

Pero antes, Infante decidió recorrer su patria como turista, y las desilusiones siguieron acumulándose. Cada cosa que veía lo deprimía más: los

---

<sup>53</sup> INFANTE, op. cit., pp. 171-172.

<sup>54</sup> Ibidem, p. 173.

mendigós<sup>55</sup>, la Semana Santa de Sevilla<sup>56</sup>, los cafés humeantes y sórdidos, las escuelas deficientemente equipadas, y la política española<sup>57</sup>. Este último aspecto merece ser resaltado. Escribe Infante:

*“En las Cortes, presencié debates bochornosos; vergonzosas pérdidas de tiempo...*

*Su pesimismo se remachó.*

*¡¡Aquí no hay nada que hacer!!, tuvo que repetirse centenares de veces [...] Años después de haber vuelto, creyendo que no tenía derecho a estar bajo el amparo de una Patria a la que había dejado definitivamente, que no le tenía tampoco a negar a una Patria, en la que estaba definitivamente radicado, el concurso de su voto en las contiendas políticas, que debía ser el igual de sus hijos, se nacionalizó, y en el día en que a un espectacularísimo político español se le ocurrió hacer insinuaciones que creyó alusivas a tan justificado acto, le dijo tanto y de tal modo explicando su verdadero alcance, que, balbuceando excusas y negando intenciones y aún palabras, el notabilísimo político terminó el incidente”<sup>58</sup>.*

Si la decisión de afincarse de manera definitiva en el país no tenía nada de excepcional, y constituía una acción común a cientos de miles de inmigrantes, el hecho de haberse naturalizado argentino era extremadamente atípico. En la mayoría de los casos, los extranjeros establecidos en la Argentina se resistían a nacionalizarse<sup>59</sup>. Los lazos afectivos excluyentes con su tierra de origen y las ventajas jurídicas que les reportaba seguir gozando de su condición de europeos solían alejar esa posibilidad que Infante abrazó con fervor.

---

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 173.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 174.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 174.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 175.

<sup>59</sup> Ver al respecto MOYA, José C., 2004, *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Emecé, Buenos Aires y DEVOTO, Fernando, 2003, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Pero, insistimos, la situación de Infante fue del todo extraordinaria. Su éxito profesional en Rosario, su condición de exiliado republicano y de intelectual, fueron factores que, en un ambiente comparativamente más favorable que el español, lo llevaron a consustanciarse de manera profunda con la Argentina y con América. Esta transformación interna tuvo lugar sin que Infante se percatase de ella, en el transcurso de los doce años comprendidos entre su llegada a la Argentina en 1889 y su fugaz regreso a España en 1901.

Al volver a su país natal Daniel Infante se sintió casi como un extranjero o más bien como un indiano que, habituado a las vastas perspectivas geográficas -e ideológicas- del Nuevo Continente, no podía tolerar la estrechez de la vieja Europa. Y menos aún de la vieja España. Por otra parte, resulta significativo que, mientras un inmigrante y exiliado español como él terminaba de “argentinizarse” en su país natal, un intelectual de la elite criolla como Manuel Gálvez, se “hispanizaba” al visitar la Madre Patria.

### **Bibliografía**

ÁLVAREZ, Juan, 1998 (1943), *Historia de Rosario, 1689-1939*, UNR Editora/Editorial Municipal, Rosario.

DEVOTO, Fernando, 2004, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

GLÜCK, Mario, “Aquel Rosario anticlerical”, en *La Capital*, Rosario, 8 de octubre de 2006.

GALVEZ, Manuel, 1943 (1913), *El solar de la raza*, Editorial Poblet, Buenos Aires.

INFANTE, 1920, J. Daniel, *¡Por España! Reflexiones de un expatriado*, Madrid, Reus.

MOYA, José C., 2004, *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Emecé, Buenos Aires.

ORTIZ, Juan, 1910, "El Rosario", en *Tercer Censo Municipal del Rosario de Santa Fe*, levantado el 26 de abril de 1910 bajo la dirección del secretario de la intendencia Doctor Juan Álvarez, Talleres de "La República", Rosario, pp. 45-46.

PASQUALI, Patricia, 1996, *J. Daniel Infante*, Rosario, Editorial Municipal de Rosario.